

Sumario

El Padre Jesús Espeja, teólogo dominico, trata el tema del discipulado en la teología latinoamericana, desde tres claves de reflexión: la invitación al seguimiento, la "recreación" de la conducta histórica de Jesús y la construcción de la historia según la praxis del Maestro. El autor inicia con un análisis histórico teológico del tema del discipulado en las Conferencias Generales y en el pensamiento de algunos teólogos latinoamericanos. En un segundo momento plantea las exigencias de la invitación al seguimiento radical de Jesucristo. En un tercer momento, destaca la urgencia de recrear en la propia situación histórica y en la propia conducta el estilo, las opciones y los compromisos de Jesús. El autor concluye su reflexión dando la clave para vivir la existencia con espíritu evangélico: forjar la historia según la praxis de Jesús.

El discipulado en la teología latinoamericana

Jesús Espeja, OP

Doctor en Teología. Profesor en el ITEPAL.

Autor de numerosas publicaciones de teología y espiritualidad.

Introducción

Para no perdernos, hay que acotar el terreno al que nos referimos cuando hablamos de teología latinoamericana.

1. *La teología* como reflexión sobre los contenidos de la fe inevitablemente surge cuando los creyentes deben proyectar y realizar su existencia en una historia; todo ellos deben actualizar su fe dentro de cada situación que va surgiendo, y todos tienen que hacer su "teo-logía", encontrar la palabra de Dios y en y para la nueva situación. Entre los creyentes algunos tratan de profundizar y concretar con cierta racionalidad; a esos llamamos "teólogos", discurren, piensan desde Dios a lo seres humanos y todo lo que va sucediendo. Los teólogos "cristianos" miran la realidad y la interpretan desde el Dios revelado en la conducta histórica y en la doctrina de Jesús de Nazaret confesado el Mesías, el Cristo, la Palabra, el Hijo. Pero, si bien su función en la Iglesia no es repetir sin más las declaraciones del Papa y de los obispos, la eclesialidad de su fe y de su reflexión incluye la comunión con el magisterio jerárquico. En la fe de la comunidad creyente y en la escucha humilde, obispos y teólogos van elaborando la teología verdadera; según situaciones y tiempos, ofrecen nueva comprensión de la palabra inagotable de Dios que, sin embargo, siempre permanece mayor e indecible; las formulaciones no agotan nunca el contenido último de la fe.

En esa búsqueda y en esa colaboración fraterna de teólogos y obispos dentro de la comunidad creyente se ha venido tejiendo la teología desde hace dos mil años en la historia de la Iglesia. Los resultados de la investigación son discernidos, tamizados, confirmados y asumidos por el magisterio teniendo en cuenta el momento, capacidad de asimilación y necesidades que tiene la comunidad cristiana. Y así suele ocurrir que intuiciones y resultados de la investigación teológica

no aceptados por el magisterio en el momento en que aparecieron, más tarde, ya en otra situación de la comunidad cristiana y sin peligro de caer en extremismos, son asumidos y propuestos por ese magisterio como doctrina saludable. Pensemos, por ejemplo, en la Reforma del siglo XVI: dimensiones fundamentales del Evangelio, destacadas por los reformadores, quedaron en la sombra porque la intervención del magisterio en aquel entonces, tuvo que asegurar aspectos esenciales del cristianismo que se ponían en tela de juicio; pero pasados varios siglos de Contrarreforma, el Vaticano II recoge aspectos que destacó la Reforma, por ejemplo, la categoría "pueblo de Dios" para designar a la Iglesia, la calidad sacerdotal de este pueblo, la eficacia de los sacramentos que no sólo aumentan sino que suponen la fe. Análogamente intuiciones y afirmaciones de la "Nouvelle théologie", dejadas de lado en la encíclica "Humani Generis" (1950), cuya preocupación era salvaguardar la identidad cristiana en la nueva cultura de la modernidad, fueron reconocidas, valoradas e integradas en el Vaticano II. La teología, tal como la entendemos aquí, se refiere a los avances logrados por la investigación teológica y aceptados por el magisterio de la Iglesia.

2. Ahora nos referimos a la teología *latinoamericana*. Y el calificativo necesita puntualización.

El evangelio llegó a los pueblos de Amerindia con los europeos que descubrieron y colonizaron ese continente. Desde los primeros pasos los evangelizadores tuvieron que ir elaborando su teología, una reflexión de la fe dentro de nuevo contexto cultural. Las admirables *Relecciones* de Vitoria en el siglo XVI insisten una y otra vez en la centralidad de la persona humana y en el derecho de los pueblos a su propia autodeterminación; en ese horizonte se inscribe la práctica de muchos evangelizadores, cuya predicación y conducta proféticas han sido celebradas y propuestas por el CELAM como inspiración y referencia ejemplar para la vida y para la teología de la Iglesia evangelizadora.

Pero ahora nos centramos en la teología latinoamericana que surgió y se articuló con fuerza y con éxito a mediados del siglo pasado y sigue hasta nuestros días. Se la llamó "teología de la liberación". Soy consciente de que este calificativo suscita muchas reservas tal vez, en parte, por las llamadas de atención que ha hecho el magisterio desde Roma para evitar equívocos y desviaciones. Pero el mismo magisterio,

preocupado de que no se diluya ni tergiversarse la identidad cristiana, da por supuesta la necesidad de una fe y de una teología que se dejen impactar por el justo clamor de los pobres, y aporten la luz y fuerza del evangelio para encontrar soluciones más plenamente humanas en todos los ámbitos de la convivencia social¹. La fe cristiana siempre conlleva una liberación -ya los teólogos escolásticos hablaban de “gracia sanante” y “gracia elevante”-, y esta liberación debe incluir todos los ámbitos de la vida humana. Como los pueblos latinoamericanos sufren las consecuencias de una especial violencia institucional en los ámbitos económico, político y cultural, la fe cristiana que se viva en esta situación, así como la teología o reflexión sobre la misma, no deben abstraerse de esa situación.

Para evitar malentendidos debemos precisar. Según afirma la Conferencia de Puebla, los teólogos “someten a nueva investigación los hechos y las palabras reveladas por Dios, para referirlas a nuevas situaciones culturales, nuevos hallazgos y problemas suscitados por las ciencias, la historia y la filosofía”; por eso “la labor teológica implica cierta pluralidad resultante del uso de métodos y modos diferentes para conocer y expresar los divinos misterios”². Ese pluralismo también se da en la llamada “teología de la liberación”. Aquí no asumimos sin más todas las corrientes de ese movimiento, sino verdades y aspectos bien elaborados en esa teología y propuestos ya para toda la comunidad cristiana por las Conferencias Generales del Episcopado Latinoamericano.

¹ Si bien la misión que Cristo encomendó a su Iglesia “no es de orden económico, político o social” sino “de orden religioso” (Vat II, GS, 42), “la fe todo lo ilumina con nueva luz y manifiesta el plan divino sobre la entera vocación del hombre: por ello orienta la mente hacia soluciones plenamente humanas” (GS, 11). “El Evangelio de Jesucristo es un mensaje de libertad y de liberación; en los últimos años esta verdad esencial ha sido objeto de reflexión por parte de los teólogos, con una nueva atención rica en promesas” (Congregación para la Doctrina de la Fe, *Instrucción sobre algunos aspectos de la “teología de la liberación”, 6 de agosto de 1984, introducción*); “la poderosa y casi irresistible aspiración de los pueblos a la liberación constituye uno de los principales signos de los tiempos que la Iglesia debe discernir e interpretar a la luz del Evangelio; este importante fenómeno de nuestra época tiene una amplitud universal, pero se manifiesta bajo formas y grados diferentes según los pueblos; es una aspiración que se manifiesta con fuerza, sobre todo en los pueblos que conocen el peso de la miseria y en el seno de los estratos sociales desheredados” (*Instrucción...*, n.1)

² Conferencia de Puebla, *La evangelización en el presente y en el futuro de América Latina*, n. 375; en Episcopado Latinoamericano, *Conferencias Generales “Rio de Janeiro, Medellín, Puebla, Santo Domingo”. Documentos pastorales*

1. EL DISCIPULADO, TEMA DE LA V CONFERENCIA

Ha salido ya el “Documento de Participación” en vistas a una nueva Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, que tendrá lugar en el 2007. El evento no es separable del dinamismo en que avanza la sociedad latinoamericana ni de las Conferencias anteriores celebradas en Río Janeiro, Medellín, Puebla y Santo Domingo. En Medellín por primera vez el Episcopado Latinoamericano asumió, como tarea esencial de la misión evangelizadora, la denuncia de la injusticia social que fue descrita como intolerable “violencia institucionalizada”. De ahí vamos a partir.

“Inspirar, alentar y urgir un nuevo orden de justicia” (Medellín, 1968)

Por los años 60 los obispos latinoamericanos acogieron la invitación a leer “los signos de los tiempos” y descubrir en ellos la voz de Dios. Una primera lectura “no deja de ver que América Latina se encuentra, en muchas partes, en una situación de injusticia que puede llamarse violencia institucionalizada”; “el Episcopado latinoamericano no puede quedar indiferente ante las tremendas injusticias sociales existentes en América Latina que mantienen a la mayoría de nuestros pueblos en una dolorosa pobreza cercana en muchísimos casos a la inhumana miseria”³. La Conferencia de Medellín, 1968, tiene como referencias la invitación del Vaticano II a leer los signos, y la compasión ante la sangrienta realidad que sufren los pueblos latinoamericanos. En esos dos imperativos brota y se mueve su reflexión teológica. Los obispos son conscientes y dejan bien claro que “el origen y menosprecio del hombre, de toda injusticia debe ser buscado en el desequilibrio interior de la libertad humana que necesitará siempre, en la historia, una permanente labor de rectificación”: en consecuencia lo decisivo es “la conversión del corazón”. Sin embargo, compartiendo la situación de los pueblos empobrecidos, quieren “inspirar, alentar y urgir un nuevo orden de

(Santiago de Chile, 1993) nn.920 y 921. En adelante citaré las Conferencias con las siglas M (Medellín) P (Puebla) y ST (Santo Domingo), mientras la obra general donde se encuentran llevará las siglas DP (Documentos Pastorales).

³ CELAM, *La Iglesia en la actual transformación de América Latina a la luz del Concilio* (M, DP, nn 175 y 465).

justicia". Para ello es necesario "un cambio de estructuras" en la organización social: transformaciones "globales, audaces, urgentes y profundamente renovadoras"⁴.

"En nombre de Jesús de Nazaret, levántate y anda" (Puebla. 1979)

En los diez años siguientes a la Conferencia de Medellín, se desarrolla la llamada "teología de la liberación", y tiene lugar el Sínodo de 1971 sobre "la justicia en el mundo" donde los obispos del hemisferio Sur propusieron por primera vez su propio orden del día. Los documentos preparatorios para el Sínodo de 1974 "sobre la evangelización" se redactaron con perspectiva de la secularización y descristianización de occidente; pero esa perspectiva chocó fuertemente con las preocupaciones que traían los obispos del Tercer Mundo. Como fruto del Sínodo salió en 1975 la Exhortación "Evangelii nuntiandi" que recoge estas preocupaciones: inculturación de la fe, promoción humana y evangelización, pobreza y dependencia, diálogo con las religiones y las ideologías del mundo, Iglesia local. Apoyo decisivo para la Iglesia en América Latina fue la declaración contundente: "entre evangelio y promoción humana -desarrollo y liberación- existen lazos muy fuertes"; lazos no sólo de orden antropológico sino también teológico "ya que no se puede disociar el plan de la creación del plan de la redención que llega hasta situaciones concretas de injusticia a las que hay que combatir y de justicia que hay que restaurar"⁵. La Exhortación señala también otros aspectos esenciales que influirán en la Conferencia de Puebla: la Iglesia se constituye en la evangelización, y Jesucristo, primer evangelizador, es el centro de mensaje cristiano. Cuando en 1978 el Card. Karol Wojtila es elegido obispo de Roma y sucesor de Pedro, ya dentro de la misma Iglesia Latinoamericana, también dentro del episcopado, hay distintas posiciones respecto al compromiso de los cristianos en el proceso de liberación; la teología o reflexión sobre este proceso desde la fe, se fragmenta y aparecen interpretaciones que dejan en la sombra o cuestionan aspectos esenciales del credo cristiano. Todo esto pesa en Juan Pablo II cuando el 28 de enero de 1979 pronuncia el discurso inaugural de la III Conferencia en Puebla.

⁴ DP, nn. 101, 125 y 175.

⁵ *Evangelii nuntiandi*, n.31.

Los documentos de esta Conferencia se agrupan bajo el título *La evangelización en el presente y en el futuro de América*. Los obispos no dan un paso atrás sobre lo dicho en Medellín, cuyas conclusiones recomendó Juan Pablo II como “punto de partida”; y así lo dicen expresamente: “nos situamos en el dinamismo de Medellín cuya visión de la realidad asumimos y que fue inspiración para tantos documentos pastorales nuestros en esta década”⁶. Desde Medellín habían pasado diez años en que se desarrolló una reflexión teológica muy fecunda sobre la práctica de liberación que llevaban a cabo muchos grupos y comunidades eclesiales de los pueblos latinoamericanos; en esa reflexión teológica se destacaron aspectos esenciales de la fe cristiana que habían quedado en el olvido. Pero dentro de la misma Iglesia surgieron en esos años “tensiones producidas por grupos que, o bien enfatizan lo espiritual de su misión resistiéndose a los trabajos de promoción humana, o bien quieren convertir la misión de la Iglesia en un mero trabajo de promoción humana”; “dolorosas tensiones doctrinarias, pastorales y psicológicas entre agentes pastorales de distintas tendencias”⁷.

Durante la década de los 70 los teólogos elaboraron con esmero la cristología “desde América Latina”: destacaron la necesidad de recuperar la integridad humana y la conducta histórica de Jesucristo, así como el apasionamiento de Jesús por la llegada del reino de Dios y su opción por los pobres e indefensos. La relevancia de la humanidad de Cristo, con la cual va “inseparablemente unida” su divinidad, planteó un interrogante muy saludable: ¿qué divinidad estamos confesando los cristianos cuando decimos que Jesucristo es el Hijo de Dios?. “El seguimiento de Jesús”, tema fundamental para la espiritualidad y para la moral cristianas, fue bien elaborado por algunos teólogos latinoamericanos en esta década. Sin embargo, tampoco faltaron lecturas sesgadas e interpretaciones reductoras. Y ello explica que Juan Pablo II, al recomendar que los obispos reunidos en Puebla tengan como punto de partida las conclusiones de Medellín, añade: “sin ignorar las incorrectas interpretaciones a veces hechas y que exigen sereno discernimiento, oportuna crítica y claras tomas de posición”⁸. Y concreta: “en algunos casos se silencia la divinidad de Cristo, o se incurre de hecho en

⁶ DP, n. 570.

⁷ P: DP, nn 635 y 647.

⁸ Discurso Inaugural de Puebla: en DP, p. 229.

formas de interpretación reñidas con la fe de la Iglesia; Cristo sería solamente un profeta, un animador del reino y del amor de Dios, pero no el verdadero Hijo de Dios, ni sería por tanto el centro y el objeto del mismo mensaje evangélico; en otros casos se pretende mostrar a Jesús como comprometido políticamente, como un luchador contra la dominación romana y contra los poderes, e incluso implicado en la lucha de clases; esta concepción de Cristo como político revolucionario, como el subversivo de Nazaret, no se compagina con la catequesis de la Iglesia⁹. Estas llamadas de atención marcaron de algún modo las sesiones y documentos de Puebla. Pero en ellos caló ya la visión cristológica, muy desarrollada en la teología latinoamericana después de Medellín. La centralidad de Jesucristo quedó bien resaltada en el discurso inaugural de la Conferencia: “el evangelio que nos ha sido encomendado es también palabra de verdad...; vuestros países esperan y reclaman una cuidadosa y celosa transmisión de la verdad sobre Jesucristo; ésta se encuentra en el centro de la evangelización y constituye su contenido esencial”. Y es importante hacer notar que esta verdad incluye la historia de Jesús: “no hay evangelización mientras no se anuncie el nombre, la vida, las promesas, el reino, el misterio de Jesús de Nazaret”¹⁰. En su “Mensaje a los pueblos de América Latina” los obispos reunidos en Puebla quieren secundar la recomendación del Papa: “¿qué tenemos para ofrecerlos?; como Pedro, ante la súplica dirigida por el paralítico, a las puertas del Templo, os decimos, al considerar la magnitud de los desafíos estructurales de nuestra realidad: no tenemos ni oro ni plata para daros, pero os damos lo que tenemos: en nombre de Jesús de Nazaret, levántate y anda”¹¹. Y los obispos hacen su confesión de fe: Jesucristo “es nuestra esperanza, está en medio de nosotros, como enviado del Padre animando con su Espíritu a la Iglesia, y ofreciendo al hombre de hoy su palabra y su vida para llevarlo a la liberación integral”; “es nuestro deber anunciar claramente, sin dejar lugar a dudas o equívocos, el misterio de la Encarnación: tanto la divinidad de Jesucristo tal como la profesa la Iglesia, como la realidad y la fuerza de su dimen-

⁹ Ib., p.232. En los documentos del Puebla los obispos se hacen eco de esta denuncia: “no podemos desfigurar, parcializar o ideologizar la persona de Jesucristo, ya convirtiéndolo en un político, un líder, un revolucionario o un simple profeta, ya sea reduciendo al campo de lo meramente privado a quien es el Señor de la historia” (P., DP, n. 723).

¹⁰ Ib., p.131. Juan Pablo II remite a la Exhort. EN, n.22.

¹¹ Mensaje...,3, p.248.

sión humana e histórica”¹². Por eso declaran abiertamente: “vamos a hablar de Jesucristo; vamos a proclamar una vez más la verdad de la fe acerca de Jesucristo”; “sentimos la urgencia de dar a nuestro pueblo lo específico nuestro: el misterio de Jesús de Nazaret, Hijo de Dios”¹³. Aunque, siguiendo las recomendaciones del Papa, los obispos quieren evitar equívocos o desviaciones en algunas corrientes teológicas de la liberación, asumen los avances de la reflexión teológica latinoamericana en cristología: intimidad de Jesucristo con Dios, su apasionamiento por el reino, su opción por la causa de los pobres, e invitan al “seguimiento radical”¹⁴. Hay que reconocer sin embargo que este último tema ni fue muy socorrido ni menos aún desarrollado.

Jesús “se hace camino” para sus discípulos: (Santo Domingo 1992)

En la década que siguió a 1979 se inició en la Iglesia un “segundo periodo postconciliar”. Los años inmediatos a partir del concilio fueron tiempo de diálogo con el mundo, de nuevas experiencias y de crisis para muchas mediaciones eclesiales; pero había peligro de anarquía y confusión a la hora de garantizar la identidad y comunión de la Iglesia evangelizadora en el mundo. En esa preocupación hay que leer la “*Instrucción sobre algunos aspectos de la teología de la liberación*” (1984), “*El Informe sobre la fe*” que escribió el Card J. Ratzinger en 1985, y el “*Catecismo de la Iglesia Católica*” (1997). Por otra parte, Juan Pablo II había publicado en 1979 su primera encíclica -“*Redemptor hominis*”, donde una y otra vez se dice que Jesucristo revela y realiza la verdadera vocación del hombre, y que ésta debe ser el camino de la Iglesia. Ya pensando en la situación del mundo que los hombres viven, salió en 1987 la enc. “*Sollicitudo rei socialis*” que asume y proclama importantes aspectos destacados en la teología latinoamericana de la liberación: opción inequívoca por la causa de los pobres, la solidaridad como versión de la caridad cristiana, denuncias contra las idolatrías o falsos absolutos que pervierten a los dos grandes sistemas políticos que hoy se han impuesto en el mundo. A esto se añade que Juan Pablo

¹² DP, nn. 711 y 720.

¹³ DP, nn. 725 y 726.

¹⁴ RDP, n. 737. La misma expresión “seguimiento radical” sale al hablar de la vocación de los religiosos en la Iglesia (P: DP, n. 287).

II desde 1983 venía hablando sobre la necesidad de “nueva evangelización”, cuyo centro y plenitud es Jesucristo. Todos estos factores se hacen presentes de algún modo en el discurso inaugural de la Conferencia del Episcopado Latinoamericano en Santo Domingo. Como Cristo juzga a la Iglesia, Juan Pablo II deja bien claro: “Jesucristo ayer, hoy y siempre”; “El es la verdad eterna que se manifestó en la plenitud de los tiempos”; “en este encuentro eclesial sentimos muy viva la presencia de Jesucristo, Señor de la historia”; “esta conferencia se reúne para celebrar a Jesucristo”; “en sus deliberaciones y conclusiones esta Conferencia ha de saber conjugar los tres elementos doctrinales y pastorales que constituyen como las tres coordenadas de la evangelización: cristología, eclesiología y antropología”¹⁵.

Aunque en el discurso inaugural de Juan Pablo II directamente no aparece, en 1980 fue asesinado Mons Oscar A. Romero, arzobispo de San Salvador. Su sintonía con el pueblo, su sensibilidad ante los atropellos de los pobres, y su coherencia cristiana fueron un signo de admiración y esperanza. Sus homilias y discursos resumen y concretan lo mejor y permanente que aporta la teología latinoamericana de la liberación. En la espiritualidad de aquel arzobispo mártir se articularon la experiencia de Dios, el amor incondicional, la compasión eficaz ante el sufrimiento de los pobres y el apasionamiento por el reino: trabajó hasta la muerte por “un pueblo según el corazón de Dios”. Su conducta fue un ejemplo en el seguimiento de Jesucristo, es la mística que respiran sus homilias. Sin duda los obispos que se reunieron en la Conferencia de Santo Domingo conocían aquel suceso y también los escritos de Mons Romero; su recuerdo debió ser para ellos aguijón saludable.

La solemne reunión se inicia “en estrecha relación y continuidad con las anteriores de la misma naturaleza...; reasumimos plenamente las opciones que enmarcaron aquellos encuentros y encarnaron sus conclusiones más sustanciales”¹⁶. Pero en su *Mensaje a los Pueblos de América Latina*, los obispos desean ofrecer “una explícita profesión de fe en Jesucristo y en su Buena Nueva; en este Jesús, *el mismo ayer*;

¹⁵ Discurso inaugural del Santo Padre: *Nueva evangelización, promoción humana, cultura cristiana*: DP, p. 472.

¹⁶ *Mensaje de la IV Conferencia a los Pueblos de América Latina y El Caribe*: DP, p. 490.

hoy y siempre, tenemos la certeza de encontrar inspiración, luz y fuerza para un renovado espíritu evangelizador”. Evocando el relato de Lucas sobre los discípulos de Emaús, se comenta: “Jesús reveló su intimidad a los compañeros de camino; no solamente se acerca a los caminantes; va más allá: se hace camino para ellos, penetra en la vivencia profunda de la persona, en sus sentimientos, en sus actitudes; Jesús desaparece de su vista, pero ellos, impulsados por un nuevo ardor, salen gozosos a emprender su tarea misionera; abandonan la aldea y van en búsqueda de otros discípulos, la vivencia de la fe se realiza en comunidad”¹⁷. Participar la intimidad de Jesús, hacer el camino con El, vivir la experiencia de fe comunitariamente y sentirse enviado para proclamar el evangelio. Difícilmente se resume tan bien qué significa el seguimiento de Jesús. Es una categoría que aparece varias veces en los Documentos de Santo Domingo, aunque su contenido debe ser aún más explícito¹⁸.

El “encuentro con Jesucristo”: discipulado (Hacia la V Conferencia)

En este dinamismo de búsqueda que desde hace medio siglo viene animando a la Iglesia en América Latina, se prepara la V Conferencia. El 7 de julio el Presidente del CELAM presentó a Benedicto XVI el tema de la Conferencia: *Discípulos y misioneros de Jesucristo, para que nuestros pueblos tengan vida*. El Papa enriqueció la propuesta: *Discípulos y misioneros de Jesucristo, para que nuestros pueblos en El tengan vida; Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida*. Discípulos y misioneros: “Jesús llamó a los Doce para que estuvieran con él y enviarles a predicar (Mc 3,14); el seguimiento y la misión van inseparablemente unidos. La precisión “en El” responde al núcleo central de la fe cristiana: “Yo soy la Vida”, “he venido para que todos tengan vida en plenitud”, “en El estaba la vida y la vida era la luz de los hombres” en todos los ámbitos, económico, político y cultural¹⁹. En una situación cultural nueva, cuando el mundo es una aldea global con unos problemas comunes que a todos nos afectan, y donde los pueblos latinoamericanos siguen bajo las garras de la

¹⁷ Ib., pp. 490 y 495.

¹⁸ Por ejemplo ST, DR.n. 1860; “identificados con cristo que vive en cada uno”; “siguiendo a Jesucristo y cargando la propia cruz cada día hasta dar la vida por El” (n. 1865). También nn. 1868, 1887, 1942, 205.

¹⁹ Jn 1,9.

pobreza y de la exclusión, el Episcopado Latinoamericano quiere despertar la conciencia de los cristianos en su servicio profético a este mundo: *“el encuentro con Jesucristo es la raíz, la fuente y la cumbre de la vida de la Iglesia, y el fundamento del discipulado y de la misión”*²⁰. Los obispos están convencidos de que la misión encomendada por Jesucristo a la Iglesia no es económica, política ni social, sino religiosa; pero la fe cristiana en el Dios que quiere la vida en plenitud para la humanidad y, por ello, la liberación completa de los seres humanos, todo lo ilumina “y por ello dirige la mente hacia soluciones plenamente humanas”²¹. En esa visión, quieren que la Iglesia sea profecía en acción de esta fe cristiana. Para ello la V Conferencia “nos brinda una nueva oportunidad para reflexionar sobre la profundidad de nuestro encuentro con Jesucristo vivo, y para preguntarnos en nuestras comunidades sobre la transformación de nuestra vida que el Espíritu del Señor ha obrado en nosotros por el encuentro con Jesús...”²².

2. INVITACIÓN AL SEGUIMIENTO

Discípulo es el que aprende, acoge y se deja transformar por la palabra y el espíritu del maestro. Como todo lo humano, se hace cada día en la escucha en el dinamismo de la propia existencia; por eso hablamos de “discipulado”. Los cristianos somos discípulos de Jesucristo, vocacionados para escuchar su voz e ir configurando nuestra historia según el Evangelio. A esa configuración existencial llamamos “seguimiento de Jesucristo”. Tienen razón algunos cuando dicen “de Jesús”, porque así se pone de relieve la conducta histórica de aquel judío que hace dos mil años vivió en Palestina; pero en la confesión cristiana Jesús y Cristo van inseparablemente unidos; según nuestra fe, aquel hombre es el Cristo, el Mesías, la Palabra, el Hijo de Dios.

Conforme al título de mi reflexión, presento el tema tal como se ha desarrollado en la teología latinoamericana. No sólo de algunos teólogos muy lúcidos, sino en la teología que va siendo discernida y avalada por las Conferencias del Episcopado Latinoamericano. Porque se trata

20 *Documento de Participación*, n. 39. (Bogotá 2005) p.15.

21 Vat.II, GS, nn. 42 y 11.

22 Documento..., n. 43, p.17.

de hacer una síntesis y no tanto de una investigación atiborrada de referencias bibliográficas que dificultan la lectura del texto²³.

“Anunciar el misterio de la Encarnación” (Puebla)

“La teología latinoamericana, sin duda, ha privilegiado metodológicamente el momento de Jesús histórico, dentro de la totalidad de Jesucristo, y para mejor acceder a esa totalidad”. Esta prioridad metodológica responde a un movimiento de actualidad en teología y a una exigencia peculiar de la situación latinoamericana.

Desde los primeros siglos la fe cristológica evitó dos extremos: afirmar la divinidad de Cristo a costa de su humanidad, o afirmar la integridad humana de Cristo negando su divinidad. El concilio de Calcedonia rechazó cualquiera de los dos extremos, y defendió la identidad de la fe cristiana: en Jesucristo humanidad y divinidad, “sin confusión, van inseparablemente unidas”; no como dos pisos sino en una sola persona, de modo que en la humanidad se hace presente y visible la divinidad. Por eso, uno de los prefacios de la misa celebra la encarnación:

23 He leído, me inspiro y trato de ser fiel a los escritos de teólogos latinoamericanos como G. Gutiérrez, peruano; S. Galilea y R. Muñoz y P. Richard, chilenos; Juan Luis Segundo, uruguayo; L. Boff, brasileño, Ignacio Ellacuría y J. Sobrino, centroamericanos. Mención especial merecen las homilias y discursos de Mons Romero. Conozco también los escritos de A. Notan, un teólogo surafricano de gran sensibilidad evangélica en su libro *¿Quién es este hombre. Jesús antes de los evangelios*. Mientras no conste lo contrario, las frases entre comillas son de alguno de estos teólogos. Como referencia es buena la recopilación hecha en I. Ellacuría y J. Sobrino (ed.), *Conceptos Fundamentales de Teología de la Liberación*, 2 vols. Cuando transcriba textos de las Conferencias del Episcopado Latinoamericano, lo indicaré con la referencia escueta. Como aval que de algún modo respalda esta síntesis y me dispensa de concretar referencias, están varios estudios sobre el tema que dejo por ahí sembrados: *Las constantes de la liberación. Reflexiones sobre el dogma cristológico*. “Ciencia Tomista” 105 (1978) 37-65; *Cristología Centroamericana*. “Ciencia Tomista” 105 (1978) 279-290; *Liberación y espiritualidad en A.L.*: “Ciencia Tomista” 110 (1984) 87-122; *Teología de la liberación*: “Studium” 23, (1985) 263-283; *Espiritualidad y liberación* (CEP, Lima y Salamanca, 1986); *“Liberation et spiritualité en Amérique Latine”*: “Rech. Sc. Rel” 74/1 (1986, 13-48); *Qué es la liberación* (Bogotá 1987); *Contexto de la liberación en América Latina*: “Buena noticia para los pobres” (Salamanca 1987); *Teología de la liberación y teología europea*: “Ensayos en torno a la obra de Gustavo Gutiérrez” (Lima 1989); *La Iglesia y la política. Reflexión teológica de Mons Oscar A. Romero*: “Ciencia Tomista” 108 (1981) 239-276; *Escathologie et théologie politique*: “Temps et escathologie” (Paris 1994). En su día y en la revista “Ecclesia” comenté la preparación y los documentos de las Conferencias de Medellín y de Puebla.

“mientras conocemos a Dios visiblemente”. Sin embargo en la teología escolástica y neoescolástica, a pesar de que Tomás de Aquino dio gran realce a la vida histórica de Jesucristo, la integridad humana, admitida en teoría, apenas tenía explicitación histórica y contaba muy poco para el conocimiento de la verdadera divinidad. Por eso, en las últimas décadas la cristología, tratando de superar cualquier larvado monofisismo, viene recuperando la integridad humana de Cristo como referencia y clave de acceso al conocimiento de Dios.

Cuando a mediados del siglo pasado surgió con fuerza en los países latinoamericanos el clamor de las mayorías empobrecidas pidiendo liberación de una miseria inhumana, hubo muchos cristianos que, sensibles a ese clamor, desde su fe se comprometieron con ese movimiento. Pero tampoco faltaron cristianos que vieron en ese compromiso muchos riesgos para la identidad de su fe. Ello implicó una tensión dentro de la misma Iglesia. Para discernir la situación, los teólogos acudieron a la figura de Jesucristo, destacando la dimensión histórica de su humanidad.

La nueva perspectiva suponía un cambio muy serio para la teología y mentalidad tradicionales donde la humanidad de Jesucristo, entendida no como esencia abstracta sino como realidad histórica, contaba muy poco. Había peligro de diluir la divinidad, y por eso el magisterio trató de evitar “cualquier silencio, olvido, mutilación o inadecuada acentuación de la integridad del misterio de Jesucristo, que se aparte de la fe de la Iglesia”. Es necesario “contar con una sólida y profunda cristología”²⁴. Es el mismo temor que manifestaba en 1984 la Congregación para la Doctrina de la Fe: un “inmanentismo historicista”, “hacer de la historia misma el sujeto de su propio desarrollo como proceso de autorredención del hombre a través de la lucha de clases”, quedarlos en “un mesianismo puramente temporal”²⁵.

Sin duda esas llamadas de atención son convenientes y saludables pues la desviación es siempre posible y ha sido real en algunos casos. Pero la puesta en guardia para evitar errores, no debe ocultar la cuestión de fondo que puede significar una oportunidad para leer de nuevo el

²⁴ Juan Pablo II, Discurso inaugural en Santo Domingo: DP, p.472.

²⁵ *Instrucción sobre algunos aspectos de la Teología de la Liberación*. IX, .nn. 3 y 4.

dogma cristológico tratando de superar las interpretaciones parciales y la volatilización de la integridad humana de Cristo. Según el dogma, toda cristología debe decir que Jesús es el Cristo, pero la teología latinoamericana recalca que “el Cristo no es otro que Jesús”. Todo verdadero cristiano debe confesar que Jesús es Dios, pero la cristología latinoamericana destaca: “lo que es Dios sólo lo sabemos desde Jesús”. Con razón la teología latinoamericana insiste en que la conducta histórica de Jesús salvaguarda a Cristo de las muchas manipulaciones e interpretaciones falsas de su mesianismo: “en Jesús histórico se encuentra la solución al dilema de hacer de Cristo una abstracción o de funcionalizarlo inmediatamente”. La observación es de suma importancia para confesar la encarnación del Verbo en todo su realismo; según Tomás de Aquino en ese misterio consiste la singularidad de la religión cristiana.

Frecuentemente los seres humanos forjamos imágenes de la divinidad a nuestra medida, y luego, si somos creyentes cristianos, proyectamos esas imágenes para dar contenido a la divinidad de Cristo; y lo curioso es que seguimos diciendo que a “Dios nadie le ha visto y sólo el Unigénito nos lo ha dado a conocer”. En realidad no aceptamos la buena noticia sobre Dios que nos traen las palabras y la conducta histórica de Jesús. Ello implica nefastas consecuencias, por ejemplo cuando proclamamos que Jesucristo es Palabra de Dios, Hijo de Dios, el Señor. Puesto que a Dios nadie le ha visto, el peligro de esos y otros títulos parecidos es una lectura desde las imágenes de la divinidad que previamente bullen y fabricamos en nuestra imaginación. Sin embargo, la verdad de esos títulos sólo puede ser bien discernida desde la conducta de Jesús: Él, Palabra de Dios “en la caducidad de la carne”, Hijo “padeciendo y experimentando la obediencia”, Señor, estando en medio de los otros “como el que sirve”²⁶. El evangelio no es tanto un elenco de argumentos para demostrar la existencia de Dios, sino Buena Noticia sobre Dios que ama y quiere la plenitud de vida para la humanidad. Viendo la creciente indiferencia religiosa en las sociedades europeas, con razón Juan Pablo II en 1994 decía que el interrogante que hoy tenemos los cristianos es de qué Dios estamos hablando con nuestra conducta religiosa, moral y social; es decir, si de verdad creemos que Jesucristo, el que nació de María, vivió, predicó y fue crucificado en Palestina, es el

²⁶ Jn 1,14; Hb 5, 8; Lc 22,27; Mt 12,30.

Hijo de Dios²⁷. Esta novedad de la fe cristiana tenía y sigue teniendo especial actualidad en la situación latinoamericana deformada por la pobreza, la dependencia y la injusticia, fruto amargo de falsos absolutos o idolatrías del tener y del poder convierten a las personas y a los pueblos más débiles en medios y cosas.

Pasados diez años desde Medellín y viendo algunas desviaciones doctrinales, la Conferencia de Puebla confiesa la divinidad de Cristo “tal como la profesa la fe de la Iglesia” y declara que “no podemos desfigurar, parcializar o ideologizar la persona de Jesucristo, ya sea convirtiéndolo en un político, un líder, un revolucionario o un simple profeta”²⁸. Pero, de hecho, la V Conferencia ratifica la visión y el enfoque histórico de la teología latinoamericana: anuncio del reino de Dios, el programa de las bienaventuranzas, la conflictividad y la tentación en la vida del Mesías, su compasión ante los pobres y enfermos, su lucha contra las fuerzas del mal²⁹. “Lo que se pretende en A.L. al volver a Jesús, es que no se pueda presentar a Cristo en connivencia con los ídolos”. Partir de la historia de Jesús, como metodológicamente recomendable, para evitar las manipulaciones de Cristo y de Dios, es aportación valiosa de la teología latinoamericana para la buena salud de la fe cristiana y de la cristología.

Mc 10,46-52 es una extraordinaria pieza teológica sobre el seguimiento de Jesús. Un pobre ciego “estaba sentado junto al camino”; cuando Jesús que pasaba por allí, le dirigió la palabra y la escuchó, se le abrieron los ojos, recibió la fe y se puso “en camino” siguiendo los pasos del maestro. Su referencia inmediata es aquel hombre, Jesús de Nazaret que, manteniéndose fiel a la voluntad o proyecto de Padre, no duda en ir a Jerusalén sabiendo que allí se juega la propia vida. En esa entrega incondicional de la humanidad por amor, se está revelando la divinidad de Cristo. En el seguimiento de Jesús “manso y humilde de corazón”, los seres humanos podemos llegar a ser perfectos como el Padre celestial cuya perfección se manifiesta como misericordia, ese amor que se hace cargo y carga con nuestra miseria para que alcance-

²⁷ Carta Apostólica *Tertio Millennio Adventiente*, n. 36.

²⁸ P.DP, nn. 720 y 723.

²⁹ P.DP, nn.735-738.

mos la felicidad³⁰. Lógicamente la teología latinoamericana presenta el seguimiento de Jesús, la identidad del verdadero discípulo, mirando al espacio interior y a la conducta de aquel hombre que “pasó por el mundo haciendo el bien y curando a los oprimidos por el demonio porque Dios estaba en El”³¹. Para enfatizar el realismo de la humanidad histórica, algunos teólogos prefieren la expresión “seguimiento de Jesús” a “seguimiento de Cristo”, aunque dada la identificación entre Jesús y Cristo, para evitar suspicacias y sospecha, lo mejor será decir “seguimiento de Jesucristo”.

“Fidelidad al Espíritu de Cristo” (Juan Pablo II, en Santo Domingo)

En la Biblia no hay una definición cerrada del espíritu. Se habla de una sensación, una presencia; el espíritu viene a ser como el aire que respiramos, nos permite vivir y crea comunidad entre nosotros; como el fuego que enardece o el agua que refresca nuestro caminar sudoroso. Es una fuerza que nos habita y dinamiza nuestra existencia. Como el espacio interior donde brotan nuestros afectos, se forjan nuestros programas y se alimentan nuestras actividades. Fidelidad al Espíritu de Jesucristo - aquí con mayúscula porque creemos que el Espíritu es Dios mismo - significa conocimiento de su espacio interior y decisión de que ese mismo Espíritu modele nuestra intimidad y nuestras actividades.

Según nuestra fe, Jesucristo es Jesús de Nazaret, un judío que vivió hacia dos mil años, y es el Cristo, el Mesías, el Hijo de Dios. Y aproximándonos al espacio interior de Jesús según los evangelios, nos encontramos también con el mismo Dios encarnado en el corazón de nuestra historia. En la conducta histórica de Jesús aparecen *tres rasgos permanentes*. Aquél hombre vive en intimidad única y singular con Dios a quien experimenta como amor gratuito y benevolente, Padre (Abba); alguien en quien siempre se puede confiar; su mediación es la vida y con su ayuda venceremos a la muerte. Esa íntima comunión de Jesús con Dios es la inspiración religiosa que da sentido a todas sus

³⁰ Tit 3,5. La invitación de Jesús a ser perfectos “como vuestro Padre celestial es perfecto” (Mt 5,48) siguiendo a Lc 6,36 puede ser traducida: “sed misericordiosos como vuestro padre es misericordioso”.

³¹ Hch 10,38.

opciones y compromisos históricos. Precisamente apoyados en esa intimidad de Jesús con Dios, los primeros cristianos, iluminados por el Espíritu, confesaron la divinidad de Jesucristo. Un segundo rasgo en la conducta histórica de Jesús fue su apasionamiento por la llegada del reino de Dios; un símbolo para expresar lo que sucede en las personas y en los pueblos cuando dejan que Dios -amor gratuito-, sea el único señor en su vida. Leyendo los evangelios, se ve cómo el reino motiva y determina la trayectoria de Jesús hasta su martirio; comienza su predicación anunciando la llegada del reino, ese apasionamiento da sentido a toda su existencia -es célibe por el reino de Dios- y con la esperanza de que el reino llegue, Jesús acepta libremente y por amor la muerte cruenta e injusta. Una tercera característica en la conducta histórica de Jesús fue su debilidad por los débiles e indefensos; no soportaba la marginación de los pobres y de los religiosamente mal vistos, la exclusión de los enfermos, el rechazo social de los leprosos. Por eso curó a enfermos; contra todas las leyes de purificación, se acercó y curó a los leprosos, aceptando que le declarasen impuro; se sentó a comer con los pobres y pecadores provocando escándalo en los piadosos intolerantes.

Estos tres rasgos van *inseparablemente unidos* y no pueden faltar en la identidad cristiana o seguimiento de Jesús.

Quando se cree tener experiencia de Dios, pero no hay apasionamiento por la llegada del reino -la fraternidad entre los seres humanos- y no brota la compasión eficaz ante los excluidos, no hay encuentro con el Dios verdadero tal como se reveló en la conducta histórica de Jesús; porque en Él estaba Dios, pasó por el mundo haciendo bien, curando a los enfermos y liberando a los oprimidos por las fuerzas del mal; Jesucristo es humanización de Dios mismo, su inspiración y la fuente de toda su actividad fue religiosa. Por eso Juan Pablo II, hablando a los obispos en Puebla, reacciona contra lecturas o interpretaciones "en que se silencia la divinidad de Cristo, o se incurre de hecho en formas de interpretación reñidas con la fe de la Iglesia; Cristo sería solamente un profeta, un anunciador del reino y del amor de Dios, pero no el verdadero Hijo de Dios, ni sería por tanto el centro y el objeto del mismo mensaje evangélico"³². La gran novedad de la encarnación...

³² DP, p. 232.

nación es que Dios se autocomunica personalmente, se humaniza, asumiendo nuestra condición y corriendo nuestra misma aventura; bien podemos afirmar que “en la encarnación el Hijo de Dios, en cierto modo se ha unido a todo hombre”³³.

Si alguien dice que opta y se compromete por la llegada del reino, la nueva humanidad, pero no experimenta la inclinación o autocomunicación gratuita de Dios-amor, ni vive una compasión eficaz a favor de los excluidos, tampoco gusta la experiencia cristiana. El compromiso por la igualdad y la libertad -valores que no deberían faltar en la sociedad nueva evocada en el símbolo “reino de Dios”- no tiene fundamento sólido y garantía de concreción verdadera si no brota de la fraternidad, que a su vez es fruto de la filiación divina. Los cristianos creemos que esa filiación tiene lugar en el encuentro interpersonal que llamamos gracia, y que todos los seres humanos son invitados por Dios a ese encuentro. Por lo demás, no tiene sentido un compromiso eficaz por la llegada del reino, comunidad fraterna donde todos puedan vivir como personas, si no hay serio compromiso por rehabilitar a los expropiados, y dignificar a los echados fuera, integrándoles en la comunidad.

No cualquier opción por la causa de los pobres se identifica con el anuncio del evangelio a los pobres. Se puede optar por los pobres eficaces socialmente porque se cree que ellos tienen una fuerza en sí mismos y por sí solos para construir ese mundo de amor y de justicia y de paz evocado en el reino de Dios; en el siglo XIX algunos pensaron que el proletariado -los explotados y excluidos en aquel tiempo- podían hacer la revolución para lograr una sociedad sin clases donde todos gozarían de iguales derechos fundamentales. La inspiración cristiana de la opción por los excluidos es teológica, fruto de la experiencia de Dios que defiende a los pobres y desvalidos. La opción de Jesús por los pobres no es una estrategia política para bajar a unos de sus tronos y sentar en ellos a los otros; opta por la causa de los pobres porque Dios no quiere la pobreza que deshumaniza y mata, sino la vida y la felicidad para todos.

En la experiencia y en la conducta de Jesús, intimidad con Dios, apasionamiento por la llegada del reino y compromiso por levantar a

³³ GS, 22.

los desvalidos, son tres aspectos inseparablemente unidos. Sólo en ese clima puede ser bien interpretada la liberación que Jesucristo realiza. En su discurso inaugural de Puebla, Juan Pablo II presentó muy bien la novedosa “concepción cristiana de la liberación..., liberación en sentido integral, profundo, como lo anunció y realizó Jesús..., liberación hecha de reconciliación y de perdón ..., liberación que arranca de la realidad de ser hijos de Dios..., y por la cual reconocemos en todo hombre a nuestro hermano, capaz de ser transformado en su corazón por la misericordia de Dios”³⁴. Haciéndose eco de esta orientación evangélica, los obispos reunidos en Puebla recomiendan en su Mensaje a los pueblos de A.L. “la civilización del amor que repudia la violencia, el egoísmo, el derroche, la explotación y los desatinos morales...; no existe palabra más fuerte que ella en el diccionario; se confunde con la propia fuerza de Cristo”³⁵.

“Vivir según el estilo de Cristo” (Conferencia de Santo Domingo)

Difícilmente se puede resumir mejor la interpretación que la teología latinoamericana ha dado sobre el seguimiento de Jesús como la forma de llegar a ser discípulo de Jesucristo. Leyendo esa teología, veamos primero qué implica la expresión “seguimiento de Cristo” en los evangelios, para presentar después la explicitación de sus contenidos.

A lo largo y al final de los evangelios, queda como una llamada que asoma una y otra vez; “sígueme”. Jesús, confesado el Cristo, ha querido crear una comunidad de discípulos que se dejen alcanzar y transformar por su Espíritu. Eso significa la invitación al seguimiento. Pero en la actividad pública de Jesús hay como dos etapas fácilmente distinguibles por lo que se ha venido llamando “crisis de Galilea”, reflejada de algún modo en todos los evangelios³⁶.

Hay una primera etapa en que Jesús, movido por el Espíritu, sale de su grupo familiar y de su pueblo Nazaret, para proclamar que Dios interviene ya y que llega su reino, se cumplen las promesas; “los ciegos

³⁴ DP, p.232.

³⁵ DP, p. 252.

³⁶ Mc 8, 27-30; Mt 16, 133-20; Lc 9, 18-21; 6,66-71.

ven, los cojos andan, los leprosos quedan limpios, los sordos oyen, los muertos resucitan y a los pobres se les anuncia la buena noticia". Ante la nueva presencia, es necesario cambiar de vida; de mentalidad, de mirada y práctica existencial; la conversión es fruto y consecuencia del evangelio. En esta primera etapa de su actividad mesiánica Jesús respira entusiasmo y optimismo, hace signos de liberación: se sienta a la mesa con los social y religiosamente excluidos, cura enfermos, lamenta el egoísmo de los arrogantes que no quieren cambiar. Cuentan los primeros capítulos del evangelio que Jesús invitó a varios -Simón, Andrés, Santiago, Juan...- "para que estuvieran con él y enviarlos a predicar con poder de expulsar los demonios". Era necesario que todos llegaran a conocer la buena noticia: está irrumpiendo ya el reino de Dios. Parece que los llamados recorrieron algunas aldeas, hicieron signos y encontraron eco entre la gente. Después "volvieron a reunirse con Jesús y le contaron todo lo que había hecho y enseñado"³⁷. Es verdad que según el texto evangélico, "estar con Jesús", "anunciar la llegada del reino", son dos aspectos que van inseparablemente unidos; no hay intimidad con Jesús que no se traduzca en misión, y no hay misión auténtica sin la comunión con Jesús. Sin embargo, parece que la invitación aquí es hecha solamente para algunos y su objetivo es colaborar en el anuncio de la buena noticia: "el reino de Dios está llegando". Los teólogos latinoamericanos llaman a este seguimiento "mesiánico".

No es fácil determinar con exactitud cuánto tiempo duró la actividad pública de Jesús una vez que, arrestado Juan el Bautista, marchó por las aldeas de Galilea para transmitir el evangelio de Dios. Pero, según Mc 3, 1-6, pronto surgió la oposición dura de las autoridades religiosas judías y llegó un momento en que la oposición fue agresiva y amenazante, la gente esperaba un liberador político y no entendía la necesidad de conversión, algunos discípulos más cercanos a Jesús se desanimaron y le abandonaron. Lógicamente Jesús lee los signos, en ellos discierne cuál es la voluntad de Dios y, desafiando todas las amenazas, decide ir a Jerusalén. Un detalle de los evangelios es significativo: "Jesús iba por delante de sus discípulos, que lo seguían admirados y asustados"³⁸. Aquel hombre era muy consciente de lo que podría suceder y siguió adelante desafiando el inminente peligro. En ese trance

³⁷ Mc 6, 30 s.

³⁸ Mc 12,32.

“dirigiéndose a la gente y a sus discípulos, les dijo: *si alguno quiere seguirme, que renuncie a sí mismo, que cargue con su cruz y que me siga; porque el que quiera salvar su vida la perderá, pero el que pierda su vida por mí y por el evangelio la salvará*”³⁹.

Esta invitación supone algo previo: haber recibido el Espíritu de Jesucristo y estar apasionado por la causa que apasionó a Jesús, llevar a cabo la voluntad del Padre, la llegada del reino. Ese fue su alimento, lo que le mantuvo vivo, le dio fuerza en las dificultades y le impulsó siempre a seguir caminando. Así lo sugieren las parábolas del tesoro escondido y de la perla preciosa; quien los descubre “con gran alegría” se desprende rápidamente de todo lo que tiene para conseguir algo que le apetece sobremanera. En el origen de todo está Dios “que nos ama primero” y nos transforma con su amor. Lo dicen bien los obispos reunidos en Santo Domingo: “identificados con Cristo que vive en cada uno y conducidos por el Espíritu Santo, los hijos de Dios reciben en su corazón la ley del amor; de esta manera pueden responder a la exigencia de ser perfectos como el Padre que está en el cielo, siguiendo a Jesucristo y cargando la propia cruz cada día hasta dar la vida por El”⁴⁰. El seguimiento de Jesús tiene una inspiración teologal; se identifica con una vida realizada en la fe, el amor y la esperanza. Un encuentro personal con Alguien, cuya presencia se gusta, aunque sigue todavía escondido y siempre mayor en su misma cercanía. El seguimiento de Jesucristo como la fe, nos saca continuamente de nuestra propia tierra y nos abre hacia el porvenir siempre nuevo.

El que se deje alcanzar por el Espíritu de Jesucristo, también vivirá el apasionamiento, se comprometerá de verdad en la llegada del reino, la nueva sociedad fraterna. Como dicen las bienaventuranzas en la versión de Mateo, los discípulos de Jesucristo serán misericordiosos, llevando una conducta coherente entre lo que piensan y dicen –“limpios de corazón”-; y trabajarán por construir la paz o la felicidad para todos. Pero si deciden ir por ese camino, como Jesús, encontrarán la conflictividad; por eso “deben tomar su cruz” y seguir confiando que todo lo que hacen por amor no cae ya en el vacío.

³⁹ Mc 8, 34-35.

⁴⁰ SD, DP n. 1865.

“Un seguimiento radical” (Puebla)

La teología latinoamericana destaca muy bien la radicalidad del seguimiento tan marcada en los evangelios con distintas versiones. Una teológica: “no podéis servir a dos señores, no podéis servir a Dios y al dinero”. Otra antropológica: “el que guarda su vida la pierde, y el que pierde la vida por el evangelio, la salva”. Finalmente una versión cristológica: “el que no está conmigo, está contra mí”⁴¹. Según esa triple versión, la idolatría o la concesión de valor absoluto a una realidad caduca como es el dinero genera una curvación egoísta sobre sí mismo utilizando a los demás y rompiendo así con la conducta histórica de Jesús que fue hombre para los otros; su existencia, según dicen algunos teólogos latinoamericanos, fue una *pro-existencia*, una existencia a favor de los otros.

“Esto exige una profunda conversión” (Conferencia de Santo Domingo)

La teología latinoamericana viene insistiendo mucho en la categoría evangélica “conversión”. Y también aquí insiste o matiza en dos aspectos.

Según el evangelio, la conversión es al Dios del reino que ya está irrumpiendo. Algunos teólogos hacen notar la diferencia entre quienes dicen que se convierten a una divinidad abstracta y alejada de la historia, y quienes se convierten al “Dios del reino”, esa divinidad que mira con amor y acepta en ese amor a toda la humanidad. La distinción es importante para salvaguardar la espiritualidad cristiana de los espiritualismos evasivos al margen de la historia trabajada ya por el Espíritu.

La conversión implica volverse hacia el reino que está llegando, y apartar la mirada, el corazón y la práctica existencial de la mentira que llamamos pecado: matar la verdad con la injusticia; la verdad del otro, la propia verdad y la verdad de Dios⁴².

⁴¹ Mt 6,24; Mc 8,35.

⁴² Rm 1,18.

Pero no solamente hay que apartarse del pecado personal sino también del pecado “estructural” que no sale por generación espontánea sino que es triste resultado de los egoísmos que se van concretando y tomando cuerpo en las organizaciones sociales políticas y religiosas. La neutralidad ante este pecado social o estructural es tan ingenua como imposible. La fe cristiana no puede ser indiferente ante una situación injusta que oprime y mata; la conversión al Dios del reino implica también no hacernos cómplices y combatir ese pecado que pervierte las instituciones sociales.

3. “RE-CREAR” LA CONDUCTA HISTÓRICA DE JESÚS

Según la Conferencia de Santo Domingo, “la entrada en el reino de Dios se realiza mediante la fe en la palabra de Dios, sellada por el bautismo, atestiguada en el seguimiento, en el compartir su vida, muerte y resurrección”⁴³. Un eco fiel de la enseñanza tradicional: por el bautismo nos configuramos con Cristo, y toda la vida cristiana es bautismal, una peregrinación siguiendo sus huellas. Pero algunos teólogos latinoamericanos distinguen entre “imitación” y “seguimiento”. No se trata de hacer sin más lo que Jesús hizo, sino “re-crear” en la propia situación histórica y en la propia conducta el estilo, las opciones y los compromisos de Jesús, cuya espiritualidad se manifiesta en tres rasgos: intimidad singular con el Dios de la vida que no tolera los ídolos de la muerte, apasionamiento por la llegada del reino, y compasión eficaz ante la miseria y el sufrimiento de los seres humanos. El seguimiento de Cristo, el discipulado debe concretar esas tres vertientes en la única experiencia cristiana.

“Un pueblo según el corazón de Dios” (Mons. Romero)

Quando uno lee y medita las homilias de aquel obispo, que fue testigo fiel de Jesucristo, percibe un espíritu, una experiencia personal de Dios. Ahí encontró alimento y aliento para mantenerse fiel hasta la muerte. Algunas de sus frases nos permiten aproximarnos a su intimidad: “creo en Dios Padre revelado por Cristo, su Hijo, que nos ama y

⁴³ DP n.1860.

nos invita al amor; Dios viviente que da la vida a los hombres y que quiere que los hombres vivan en la verdad; que se enfrenta y destruye a los ídolos de la muerte y de la opresión”⁴⁴. Desde su experiencia de Dios-amor incondicional, Mons. Romero siempre abrigó sentimientos de compasión y de perdón. Era muy consciente de su vocación: “soy un ministro de la Iglesia de la reconciliación”. No fue un político ambicioso de poder. Pero su experiencia de Dios, que nos ha creado para que todos seamos “protagonistas libres de la historia y artífices de nuestro propio destino”, le llevó a proclamar una y otra vez *¡Cese la represión!*, a proponer el camino querido por Dios, la fraternidad: “el amor infinito de Dios nos incita; ¡conviértanse, reconcíliense, ámense, hagan un pueblo de bautizados, una familia de hijos de Dios”. Trataba de iluminar e impulsar desde la fe cristiana para que los políticos y los economistas buscaran soluciones más humanas y justas en aquella situación de violencia institucional lacerante. Anhelaba el nacimiento de “un pueblo según el corazón de Dios”.

En la teología latinoamericana, representada por los autores a quienes me referí anteriormente, la inclinación gratuita y benevolente de Dios que nos ama primero, es la inspiración fontal de todo su discurso. Por ejemplo, Jon Sobrino, que tanto enfatiza la centralidad del símbolo “reino de Dios”, deja bien claro que “Jesús predicó y habló de Dios como Padre, y que ese Padre fue última referencia personal suya y que ofreció también a otros”; sin embargo “incluso Dios es visto dentro de una totalidad más amplia: el reino de Dios”. Tal vez entendamos mejor esta observación escuchando a G. Gutiérrez cuando narra el cálido encuentro de Juan Pablo II con los pueblos jóvenes que se apiñan como cinturón de miseria en la ciudad de Lima. Los pobladores describían su situación: “sufrimos miseria, nos falta trabajo, estamos enfermos; con el corazón roto por el dolor, vemos que nuestras esposas gestan en la tuberculosis, nuestros niños mueren, nuestros hijos crecen débiles y sin futuro; pero, a pesar de todo, creemos en el Dios de la vida”. En castellano el Papa les dijo: “deseo que el hambre de Dios permanezca, que el hambre de pan se pueda resolver, se encuentren los medios para dar este pan; deseo que no estéis hambrientos del pan de cada día, que estéis hambrientos de Dios, mas no del pan de cada

⁴⁴ Junto algunas frases dichas en distintos momentos. Están recogidas de modo articulado articulado en el libro ya citado *Espiritualidad y liberación*, p.90.

día”; y G. Gutiérrez comenta: “hambre de Dios sí, hambre de pan no; la fe en Dios debe llevar a eliminar el hambre de pan; el intercambio recordado expresa esta exclusión con vigor inigualable; no pueden ir juntos porque el Dios de Jesús es el Dios de la vida”⁴⁵. Una vez más se trata de saber de qué divinidad estamos hablando: el conocimiento del verdadero Dios se manifiesta y fructifica en la dignificación de los seres humanos, y se concreta de modo bien claro cuando se opta eficazmente por los echados fuera, no reconocidos como personas.

Ahora se comprende que para la teología latinoamericana el enemigo frontal no es el ateísmo, sino la idolatría. Se comprende que, para la fe cristiana y para la teología en esa situación, “el obstáculo fundamental no era el ateísmo, sino la idolatría, perversión del sentido de Dios o sustitución de Dios por otros dioses”. En los pueblos de ese continente la mayoría de la población es religiosa cristiana. Es natural que los socialmente bien situados no quieran cambiar las cosas y fácilmente buscan encubrir sus intereses acudiendo a la religión; se dicen creyentes cristianos, pero en realidad son idólatras porque su dios es un falso absoluto: la seguridad individualista, la buena posición social, el dinero.

Impresionados por la situación de miseria que viven las mayorías empobrecidas, es natural que busquemos con urgencia un cambio de estructuras sociales y políticas económicas que den respuesta eficaz. Puede ocurrir que, a veces, se confunda la fe cristiana con estrategias y compromisos por liberar a los pobres, cuando en realidad esa fe ante todo y sobre todo es un encuentro personal con Alguien que siempre nos ama. Por eso, vienen bien las llamadas de atención por parte del magisterio eclesial. Ello explica también la insistencia que vemos en Puebla: “nos enseña la Escritura que no somos nosotros, los hombres, quienes hemos amado primero; Dios es quien primero nos amó”; “en el misterio de Cristo, Dios baja al abismo del ser humano para restaurar desde dentro su dignidad...; su preocupación de cada instante consiste en sintonizar fiel y rigurosamente con el querer del Padre...; de esta docilidad filial dependerá toda la fecundidad de su obra”; “con amor y obediencia totales al Padre, expresión humana de su carácter eterno como Hijo, emprende su camino de donación abnegada, recha-

⁴⁵ G. Gutiérrez, *El Dios de la vida* (Salamanca 1994) 14.

zando la tentación de poder político y todo recurso a la violencia". Dejando bien claro, sin embargo, que debemos confesar al "Dios de la vida" reclamado en la teología latinoamericana y revelado en Jesucristo, "Hijo obediente que encarna ante la justicia salvadora de su Padre el clamor de liberación y redención de todos los hombres"; según el evangelio, todo atropello a la dignidad del hombre es atropello al mismo Dios de quien es imagen"⁴⁶.

La Conferencia de Santo Domingo ha logrado formular muy bien esta dimensión teológica prioritaria en la conducta de Jesús, y que debe inspirar todos los compromisos seculares de los cristianos: "los miembros de la Iglesia deben esforzarse cada día por vivir en el seguimiento de Jesús y en obediencia al espíritu, para ser santos e inmaculados en su presencia, en el amor. Estos son los hombres y mujeres nuevos que América Latina y el Caribe necesitan: los que han escuchado con corazón bueno y recto el llamado a la conversión, y han renacido del Espíritu Santo según la imagen perfecta de Dios, que llaman a Dios Padre y expresan su amor a El en el reconocimiento de los hermanos"⁴⁷.

"Todo cristiano ha de buscar el reino de Dios" (Medellín)

"La esencia del mensaje de Jesús no es sólo el amor; no nos presentó simplemente como una nueva moral o un nuevo código de conducta; profetizó la venida de un reino en el que el amor, la compasión, la justicia y todos los valores de Dios están realizados concreta y totalmente. Profetizó un mundo en que Dios sería el supremo señor. Nuestros intentos de amar, de sentir compasión, de justicia tienen sentido con referencia a ese Reino prometido". Así expresa A. Nolan algo esencial en la conducta histórica de Jesús: vivió apasionado y se entregó totalmente a la llegada del reino de Dios o "reino de los cielos" según la versión del evangelista Mateo. Jesús intentó explicar con muchas parábolas lo que para él incluía este símbolo; una y otra vez vuelve al tema -"a qué compararé"- sin definirlo nunca. Es como un banquete donde todos se sientan como hermanos a la misma mesa; es una nueva sociedad en que, movidos a compasión, unos ayudarán a otros sin discriminaciones; viene a ser como el fermento que poco a poco da sabor a la

⁴⁶ DP, nn. 727, 737, 740, 822, 850, 851.

⁴⁷ DP, n. 1887.

masa para que salga el pan caliente; como el grano de trigo que crece dentro de la tierra en que ha sido acogido. Es lo que ocurre en las personas y en los pueblos cuando dejan que Dios-amor inspire y modalice su existencia y actividades.

Según la teología latinoamericana, el reino de Dios “no significa algo puramente espiritual o fuera de este mundo; es la totalidad de este mundo material, espiritual y humano, ahora introducido en el orden de Dios”. Al escoger una imagen social como es la del Reino de Dios para describir la salvación, “Jesús pone en claro que él no concibe la salvación como una forma individualista y aislada de felicidad, sino como una nueva sociedad salvada; salvarse es ser, hacerse parte de una comunidad; o dicho en otras palabras, lo que se necesita salvar no es solamente las almas individuales, sino también el mundo: cuerpo y alma, individuo y sociedad, los seres humanos y todas las cosas creadas”; “el seguimiento de Jesús se presenta no a través de una ruta individual, sino al interior de una aventura colectiva”.

Esta visión del reino que crece ya en el mundo como nueva sociedad introducida “en el orden de Dios”, tiene algunas implicaciones importantes:

La perfección cristiana no se mide según los baremos de la filosofía griega, en línea de superioridad vertical y ascendente sino más bien descendente de apertura y servicio a los demás, siguiendo el Jesús que fue hombre totalmente para los otros. El cristiano se perfecciona, no aislándose de quienes le rodean, sino creando ese dinamismo comunitario simbolizado en el Reino de Dios. Porque la comunidad o reino de Dios es un dinamismo que se hace imposible por los falsos absolutos o ídolos que impiden la comunicación fraterna, no es suficiente hacer el bien y evitar el mal; es necesario combatir ese mal que clava sus garras en el corazón de las personas y en las estructuras sociales; Jesús rehabilitó a los pobres, curó enfermos y expulsó demonios como signo de que el reino de Dios estaba llegando.

Si el reino de Dios crece ya en el dinamismo de nuestro mundo y de nuestro tiempo, “*la historia de la salvación pasa por la salvación de la historia*”, historia profana e historia sagrada “no son yuxtapuestas o estrechamente ligadas, sino un sólo devenir humano asumido irre-

versiblemente por Cristo”; “no existe ruptura entre el plan de la creación y de la redención”; “sólo conocemos al hombre efectivamente llamado a la comunión gratuita con Dios”; “la historia concreta de los hombres es el lugar de nuestro encuentro con el Padre de Jesucristo”. A la hora de relacionar las dos historias podemos también aplicar las clásicas expresiones cristológicas: “sin confusión y sin separación”.

En la historia concreta de los seres humanos *la cultura* es sistema de creencias, valores, costumbres e instituciones para interpretar y organizar la existencia. Todos los hombres creamos nuestra cultura y la transmitimos. Si el reino de Dios evoca una comunidad de personas que sean ellas mismas, su llegada implica también respeto, afirmación y perfeccionamiento de la propia cultura. Esa llegada no es compatible con el atropello irreverente de las culturas en que viven las personas y los pueblos. Tal vez porque la terrible injusticia en el ámbito económico impedía la supervivencia de muchos, en una primera etapa la teología latinoamericana centró su atención en ese ámbito. Sobre todo a partir de la Exhortación *Evangelii nuntiandi*, la inculturación de la fe pasó a primer plano. Y el tema fue tratado con amplitud en la Conferencia de Puebla: “la cultura abarca la totalidad de la vida de un pueblo, y la evangelización busca alcanzar la raíz de la cultura, la zona de los valores fundamentales, suscitando una conversión que pueda ser base y garantías de la transformación de las estructuras y del ambiente social”. Pero las culturas de grupos y pueblos latinoamericanos están siendo invadidas irreverentemente, a veces marginadas y a veces deformadas, por una nueva cultura-urbano-industrial, controlada por las grandes potencias poseedoras de la ciencia y de la técnica, que llega a amenazar las mismas raíces de nuestra cultura”⁴⁸.

Si “no hay ninguna razón para no poder describir la salvación que Jesús nos trae como liberación, entonces tenemos que explicar por qué esa verdadera liberación está relacionada con la liberación política, económica, racial, personal, de la mujer. La liberación simbolizada por el reino de Dios ¿es totalmente indiferente a todas esas formas de liberación, o está en cierta forma íntimamente ligada a ellas? Si es verdad que Dios en Cristo nos ofrece una liberación total - la liberación

⁴⁸ P, DR, nn.930-933; 962-963.

de toda la persona, liberación de todo y de cualquier cosa que nos esclaviza- esa liberación que Jesús ofrece incluye la liberación política, la liberación del negro y de la mujer, la liberación psicológica y cualquier otra forma de liberación que podamos imaginar. El Reino de Dios es el ideal de una liberación completa, total y perenne, una liberación que incluye, y por tanto trasciende, todas esas otras formas de liberación". Eso mismo viene a decir la Conferencia de Puebla: si bien el reino de Dios no se agota ni se identifica con las realizaciones históricas "pasa por ellas"⁴⁹.

Ahora se entiende la expresión "*santidad política*" empleada en la teología latinoamericana: vivir el amor gratuito de Dios en el entramado de la organización social. Todas las actividades humanas tienen una dimensión política, si bien "*lo político no es todo*". El compromiso por la llegada del reino incluye un compromiso político entendido el calificativo según el sentido etimológico: "todo empeño en pro del bien común como puede ser la promoción de la justicia, de los derechos humanos individuales y sociales, de la honestidad política contra la corrupción, etc.". La fe cristiana incluye "una notable presencia en la política porque en su ideario se privilegian los valores de colaboración, de rectitud, de verdad etc., que frecuentemente son explotados en función de una ética capitalista de acumulación privada". La reflexión de Mons Romero en la universidad de Lovaina sobre la incidencia política de la fe cristiana es una pieza maestra de teología: "la fe cristiana no nos separa del mundo, sino que nos sumerge en él; la Iglesia no es un reducto separado de la ciudad, sino seguidora de aquel Jesús que vivió, trabajó, luchó y murió en medio de la ciudad, en la *polis*"; "hemos descubierto que la exigencia política es primaria para la fe, y que la Iglesia no puede desentenderse de ella"; "la Iglesia es la comunidad que quiere encarnar la historia de la salvación, quiere ser un pueblo que lleva esa historia de salvación para iluminar la historia profana del pueblo; y por eso no podemos dejar de hablar de las realidades sociales, económicas y políticas, porque tenemos que iluminarlas con la luz del evangelio". En el fondo Mons. Romero sólo está concretando lo que dice el Vaticano II: la misión que Cristo encomendó a la Iglesia no es de orden político, económico, social, sino de orden religioso; pero la fe

⁴⁹ DP, n.738.

cristiana en el “Dios de los hombres”, o “Dios del reino todo lo ilumina con nueva luz y orienta para buscar soluciones más humanas”⁵⁰.

Sin embargo, el reino de Dios no se confunde con el progreso del mundo; no funciona con la lógica del poder que domina, sino con el amor y la nueva justicia. Pero se construye y crece dentro del dinamismo creacional e histórico. No se debe confundir “progreso terrestre y crecimiento del Reino de Cristo”⁵¹; no todo progreso es desarrollo humano “integral”, de todo el hombre y de todos los hombres. Pero tampoco hay salvación que no se vaya fraguando en este dinamismo creacional y en la historia de los hombres. Por eso el seguimiento de Jesús en el compromiso por la llegada del Reino de Dios exige discernimiento. Hay que leer los signos de los tiempos, fue invitación del Vaticano II. Los obispos latinoamericanos hicieron esa lectura: “hemos realizado un esfuerzo por descubrir el plan de Dios en los signos de nuestros tiempos; interpretamos que las aspiraciones y clamores de América Latina son signos que revelan la orientación del plan divino operante en el amor redentor de Cristo que funda estas aspiraciones en la conciencia de una solidaridad fraterna”⁵². El discernimiento de los signos es condición para que la teología latinoamericana haya sido contextualizada y honrada con la realidad de esos pueblos. Esta forma de proceder puede ser una llamada saludable para toda la Iglesia. Todavía en los últimos años de su pontificado, Juan Pablo II decía que uno de los más serios desafíos que tiene hoy la Iglesia, en un cambio cultural rápido y profundo, es el discernimiento del mundo según las orientaciones del concilio, sobre todo en la constitución “*Gaudium et spes*”⁵³.

En la teología latinoamericana ésta centralidad del reinado de Dios tiene repercusiones en la comprensión de la Iglesia. Jesús de Nazaret no buscó nunca su propia seguridad; vivió y actuó siempre en función y al servicio de la llegada del reino; la Iglesia es una realidad referencial; si bien el reino de Dios ya está en la Iglesia y no es desligable de la misma, “trasciende sus límites visibles”; por eso el criterio de verdad para la Iglesia es si está en función del Reino de Dios, y no en

⁵⁰ GS, nn. 42 y 11.

⁵¹ Puebla citando GS, n.39; DP, n.1020.

⁵² M, DP, p. 99.

⁵³ Carta Apostólica *Tertio Millennio Adveniente*, n.36.

función de su propia seguridad. Esta perspectiva ya sugerida en el Vaticano II, desarrollada en la teología latinoamericana y sancionada de algún modo en la Exhortación "*Evangelii nuntiandi*", sigue siendo de actualidad máxima⁵⁴. Sin embargo en la teología latinoamericana, como en general en toda la reflexión teológica de los últimos años, tal vez por las tensiones vividas dentro de la comunidad cristiana en el post-concilio, se necesita reflexionar y precisar más qué significa y qué incluye "creer en la Iglesia". Las Conferencias del Episcopado Latinoamericano han insistido en pedir "plena conversión y comunión con Cristo en la Iglesia"; "ella es inseparable de Cristo", y Jesús señala a su Iglesia como camino normativo⁵⁵.

"Defender los derechos de los pobres y oprimidos" (Medellín)

Jesús de Nazaret afirma que la evangelización de los excluidos es distintivo de su misión, y la Iglesia no puede pasar por alto esa dimensión. Sensible al sordo clamor de las mayorías empobrecidas la Iglesia en América Latina ha recibido la gracia de descubrir a Dios en los pobres, siendo así evangelio para toda la comunidad cristiana. En esta sensibilidad evangélica deben ser leídos especialmente los documentos de Medellín, si bien el reclamo está muy presente y activo en las Conferencias de Puebla y de Santo Domingo. Alcanzado por el evangelio, Mons Romero se confiesa "solidario con todos los hombres y mujeres atropellados en su libertad o en su dignidad por cualquier clase de violencias". Y continúa: "la Iglesia de Jesucristo no puede separar su destino del destino del pueblo, que busca un éxodo en pro de una tierra nueva y de un hombre nuevo". Cuando se habla de pobres, no hacen falta muchas explicaciones; en la situación de algunos países latinoamericanos son "los campesinos sin tierra y sin trabajo estable, sin asistencia médica cuando las madres dan a luz, y sin escuelas cuando los niños empiezan a crecer". En la evolución de la teología latinoamericana se han ido explicitando los ámbitos en que se manifiesta la dependencia y el empobrecimiento: en economía, en política y en el intercambio cultural.

⁵⁴ VI, II, LG, 5 y 8; *Evangelii nuntiandi*: "sólo el reino es absoluto" (n.8). Conferencia de Puebla, DP, n. 771.

⁵⁵ P, DP, nn. 709, 767-768.

La opción cristiana por los pobres no significa excluir de la evangelización a los arrogantes que no quieren compartir; ni condenar a los ricos ni canonizar a los pobres; tal vez, por eso, la Conferencia de Puebla matiza esa opción con el adjetivo “preferencial”, no excluyente. Sencillamente la pobreza de unos que sucumben bajo la miseria mientras otros nadan en abundancia, tiene lugar dentro de una organización social donde hay dos causas. Una justa, la de quienes desean satisfacer sus necesidades o derechos fundamentales; y otra injusta, la de quienes mantienen las causas de la injusticia o no hacen nada por cambiar la situación. Si uno quiere de verdad construir el reino de Dios, esa nueva sociedad de amor y de justicia, no puede menos de optar por la causa justa.

La opción cristiana por los pobres tiene una inspiración teológica: “este clamor del pueblo es la voz de Dios”, “debe ser escuchado como la misma voz del Señor”; “Jesús va a decir en el juicio de nuestras vida: todo lo que hicisteis con uno de ellos, conmigo lo hicisteis”; “ahí el Señor llama a la conversión y ha de ser juez de todos los hombres” (Mons Romero). Movido a compasión, Jesús cura enfermos, acoge a los pobres, defiende a los excluidos; en esa compasión se manifiesta la condición de Dios “misericordioso y compasivo”. Quienes se dejan alcanzar y transformar por esos sentimientos de Dios que defiende siempre su imagen, no puede menos que reaccionar ante el sufrimiento y abandono de los seres humanos. El Dios de la vida se manifiesta como “Dios del reino” donde el hombre comienza a vivir, donde el pobre comienza a liberarse”. Por eso “el cristiano que no quiera vivir este compromiso de solidaridad con el pobre, no es digno de llamarse cristiano”.

La teología latinoamericana, que ha distinguido bien los distintos significados del término pobreza, propone como camino para el compromiso con la causa de los pobres, no la violencia que mata, sino una total entrega de sí mismo que se puede llamar pobreza, vaciamiento de cualquier concentración egoísta siguiendo a Jesucristo que “siendo rico se hizo pobre” por amor hacia nosotros; una profunda conversión al evangelio. No excluye la denuncia profética y dura contra quienes generan y mantienen las causas de la pobreza. Pero, antes y al mismo tiempo que la Iglesia denuncia con la palabra, tiene que ser anuncio mediante la propia vida. Hay en los evangelios dos versiones de las Bienaventuranzas y las dos responden al mensaje auténtico de Jesús.

Según el evangelista Lucas, Dios interviene ya, llega el reino, acaba con la pobreza y con el sufrimiento. Y el evangelista Mateo pone una condición: el reino llega en los "pobres de espíritu"; en los que, movidos por el Espíritu de Jesucristo, se disponen a compartir con los demás cuanto son y cuanto tienen. Estos son los hijos de Dios porque tienen sentimientos de misericordia, son capaces de mirar con ojos limpios y así trabajan para construir la paz.

La opción por la causa de los pobres, compartiendo cuanto uno es, cuanto puede y cuanto tiene con los que no tienen ni pueden, ha sido presentada en la teología latinoamericana como *un camino de verdadera espiritualidad cristiana* donde hay distintos momentos. El primero es compartir, la beneficencia; es la reacción espontánea. En un segundo momento uno analiza las causas de la pobreza, y como reacción normal trata de romper cualquier complicidad con ellas y hace lo que puede por erradicarlas. Pronto se da cuenta que no valen los paternalismos ni los maternalismos; lo fundamental es que los Pobres pasen a ser sujetos activos de su propia liberación. Pero "la noche oscura" llega cuando en los mismos pobres, ya un poco desahogados de su miseria, emerge el corazón egoísta que todos llevamos dentro y entra por la lógica inhumana de los poderosos arrogantes. Entonces surge un serio interrogante: ¿merece la pena? La única garantía de seguir con la causa es la intimidad y sintonía con Dios revelado en Jesucristo, portador de la salvación para todos, desde los pobres y siendo pobre, sin buscar ninguna seguridad falsa, sin arrodillarse ante ningún ídolo, actuando siempre con el amor que genera la verdadera libertad. Así lo sugieren los obispos reunidos en Santo Domingo: "los que llaman a Dios Padre y expresan su amor a El, en el reconocimiento de sus hermanos, son bienaventurados porque participan de la alegría del Reino de los cielos, son libres con la libertad que da la verdad y solidarios con todos los hombres, especialmente con los que más sufren"⁵⁶.

Estas ideas de la teología latinoamericana, resumidas aquí apretadamente, ya están asimiladas por las Conferencias del Episcopado Latinoamericano. Las oportunas llamadas de atención sobre posibles desviaciones respecto a la opción evangélica por los pobres, no deben postergar este reclamo: "en la medida en que la pobreza se convierta

⁵⁶ DP, n.1887.

en espiritualidad, en esa medida, ustedes cristianos, son liberadores de nuestro pueblo” (Mons. Romero). La Conferencia de Puebla viene a decir esto mismo de otra forma: “la evangelización de los pobres fue para Jesús uno de los signos mesiánicos, y será también para nosotros signo de autenticidad evangélica”⁵⁷.

4. “FORJAR LA HISTORIA SEGÚN LA PRAXIS DE JESÚS” (PUEBLA)

En la teología latinoamericana, Jesucristo viene a ser la clave para conocer a Dios, para conocer al hombre y, sobre todo, para realizar la existencia humana con espíritu evangélico. Por eso la categoría seguimiento es fundamental, y recupera la tradición patristica: el bautismo es punto de partida para una vida cristiana, toda ella bautismal, como “peregrinación con Cristo”. En esta configuración existencial hay dos aspectos bien destacados en la teología latinoamericana que merecen atención. Para no alargarme demasiado, apenas los indico.

“La conversión, proceso nunca acabado” (Puebla)

La teología latinoamericana destaca un fenómeno constatable leyendo los evangelios en la vida pública de Jesús. En la primera Jesús actúa con gran fuerza carismática proclamando y haciendo realidad la llegada del reino de Dios; en servicio de esa causa pone su palabra, su sensibilidad, su inteligencia y todas sus facultades; anuncia con optimismo que las promesas de Dios se cumplen ya, denuncia la cerrazón de los que no quieren cambiar y fomenta confianza en los que son despojados y excluidos social y religiosamente. Pero en una segunda etapa, las autoridades judías rechazan frontalmente a Jesús; su agresividad les cierra los ojos para ver lo nuevo que está llegando y taponan sus oídos para escuchar la novedad. Entonces Jesús se convierte al reino de Dios entregando la propia vida en silencio y con amor.

Las dos etapas son también realidad en el proceso de conversión que, siguiendo a Jesucristo, deben recorrer sus discípulos. En una primera etapa nos entusiasmos con la llegada del reino; una buena dosis de

⁵⁷ P. DP, 1675.

utopismo hace que nos entregemos con nuestras palabras y gestos a esa realidad, nunca exactamente definida, pero barruntada en su plenitud y ya experimentada parcialmente. Optamos por la causa de los pobres, pretendemos ser voz de las víctimas y denunciarnos los atropellos contra las mismas. El entusiasmo y el optimismo van incluidos y responden a nuestra experiencia de Dios que quiere la vida en plenitud para todos.

Pero hay otra dimensión de nocturnidad en el seguimiento de Cristo, que Pablo expresó diciendo “muero cada día”. Esos momentos se dan a lo largo de la existencia humana, y son menos eludibles cuando, por las situaciones adversas, por el desgaste físico y por las limitaciones psicológicas que va imponiendo la edad avanzada, nuestras palabras y nuestros gestos apenas consiguen nada. Entonces hay que seguir la conducta de Jesús entregando la propia vida: “hay que trabajar por lo que Jesús trabajó, pasando por lo que Jesús pasó; el camino de la muerte y de la resurrección está necesariamente presente en el trabajo por transformar al mundo en el espíritu de las Bienaventuranzas”. La conversión al Dios del reino que da sentido a la vida cristiana es “un proceso nunca acabado” que debemos actualizar cada día⁵⁸. Este proceso continuado de conversión al Dios del reino que da sentido a la vida cristiana, no es más que caminar como discípulos en el seguimiento de Jesucristo”.

“Tenemos la medida de nuestra conducta moral en Cristo” (Santo Domingo)

Es otro aspecto muy importante destacado en la teología latinoamericana: la moral cristiana fundamental como seguimiento de Cristo. El término moral evoca la conducta. El calificativo “cristiana” se refiere a una conducta inspirada y modalizada con el Espíritu de Jesucristo. Fundamental porque nunca debe faltar en ninguna conducta personal o social, en el ámbito económico, político, religioso, cultural.

Como el seguimiento de Jesús, esa moral tiene como inspiración y principio la autocomunicación de Dios que nos ama primero. Según la teología de Pablo, la nueva ley es la gracia. La conducta de Jesús fue una “teopraxis”; porque su experiencia más profunda fue teologal, religiosa; vivió y murió como Hijo de Dios. Por eso pudo decir: “nadie viene a mí si

⁵⁸ R. DP, n. 738.

el Padre no le trae". Sólo desde ahí se puede comprender e interpretar bien la libertad con que Jesús vivió, actuó y soportó la muerte injusta. Su autonomía se apoyó en la "teo-nomía", porque Dios estaba en El.

Como el seguimiento de Cristo, la moral cristiana fundamental tiene como objetivo la llegada del reino de Dios; "en la práctica de hermanar a otros, Jesús aparece como el Hijo ante el Padre". No es una moral de perfección individualista; uno se perfecciona creando comunidad; es ahí donde se manifiesta con qué divinidad dialogamos en la oración. La comunidad es un dinamismo vivo que se da siempre dentro de una organización sociopolítica. En consecuencia, la moral cristiana conlleva también un compromiso en ese ámbito. La pretendida neutralidad es ingenua e imposible.

El reino de Dios no llega sin la opción eficaz por los excluidos. Esa opción, más o menos consciente y explicitada, no puede faltar en la moral cristiana fundamental que tiene como preocupación y objetivo central la llegada del reino de Dios.

El seguimiento de Jesús -encuentro personal con el "Dios del reino", que defiende a los desvalidos- implica discernimiento y conflictividad. Es necesario descubrir el paso de Dios en los signos de los tiempos, dónde avanza o donde se niega la llegada del reino, y quiénes son los desfavorecidos dentro de una situación determinada. Por lo demás, Jesús mismo, en la invitación a seguirle, pide que cada uno asuma "su cruz", la conflictividad existencial que conlleva también el discipulado. En esa tensión discurre también la moral cristiana: cuando el compromiso, por secundar la voluntad de Dios, la llegada del reino, implica un discernimiento de las situaciones, siempre teniendo como referencia la rehabilitación de los más desvalidos e indefensos. Se sugiere una moral crítica, responsable y cuya medida es una práctica existencial en el amor. Desde una teología europea, y sin destacar la clave de los pobres, por ahí va la renovación de la moral que pedía el Vaticano: "... alimentada en el mayor grado con la doctrina de la Sagrada Escritura, ha de iluminar la excelencia de la vocación de los fieles en Cristo y su obligación de producir frutos en el amor para la vida del mundo"⁵⁹.

⁵⁹ Decreto *Optatam totius*, n.16.

En Medellín el Episcopado Latinoamericano fue voz de los sin voz. El clamor de los pobres ha venido siendo, tanto en Puebla como en Santo Domingo, ese interrogante que sigue golpeando todavía hoy y no puede soslayar la V Conferencia que se está preparando. A pesar de las denuncias, los desequilibrios y las injusticias, son hoy más conocidos y la globalización inevitable está teniendo lugar con la exclusión de los más débiles. La misión de la Iglesia no es directamente política, económica o social; desde el evangelio no tiene soluciones directas en esos ámbitos. Pero, desde el evangelio, puede dar luz para encontrar soluciones más humanas en la gestión social. Sin embargo, el evangelio se transmite no sólo ni especialmente con palabras, sino con una práctica de vida. En esa preocupación por la espiritualidad cristiana como seguimiento de Jesús, por un discipulado elocuente para la situación actual de A.L. se proyecta la V Conferencia: "perseguiamos una acción a favor de la vida de nuestros pueblos en Cristo; sabiendo que El es el Camino, la Verdad y la Vida, ustedes podrán proponer de qué manera respondemos a los desafíos del inicio del tercer milenio con la coherencia y la valentía propias de discípulos y misioneros del Señor"⁶⁰.

⁶⁰ *Documento de Participación*, introd..., p.5.